

RAFAEL AZCONA  
Los europeos

## PRIMERA PARTE

LA HABITACIÓN, DIECISÉIS METROS cuadrados de baldosas rojas y azules, estaba pintada al temple; una mancha de humedad descendía del techo en uno de sus ángulos. Entre la puerta y la ventana abierta al patio se alzaba el armario, barato y pretencioso, coronado por una moldura embadurnada de nogalina; en su luna mal azogada se reflejaba la cama turca, adosada a la pared y cubierta de la cabecera a los pies por un percal color vino. Entre el baúl y la cama estaba la mesilla, alta y zancuda, con el tablero de mármol ocupado por un flexo, una botella de coñac mediada, un moderno despertador y la fotografía enmarcada de un matrimonio a la moda de los años veinte. Junto a la mesilla, del respaldo de la única silla de la pieza colgaba un traje gris, y en el asiento, bajo un número del diario *Pueblo*, blanqueaban una camisa y un calzoncillo. Encima de la cabecera de la cama un calendario clavado en una estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro aparecía abierto por la hoja del mes de junio de 1958, y en la pared frontera, entre el armario y la puerta, un diploma enmarcado y encristalado anunciaba en letra redondilla que don Miguel Alonso Ruiz, nacido en Zaragoza el día 29 de diciembre de 1927, era delineante.

Miguel entreabrió la puerta desde el pasillo y una voz de mujer preguntó:

—Qué, ¿a la cama ya?

—Sí, Luisita. Estoy cansado.

—No me extraña, con estos calores.

Se abrió del todo la puerta y la luz que se escapaba del flexo iluminó débilmente a la pareja en la oscuridad del pasillo. La mujer, fondona, tenía el rostro crispado por una mueca de dolor y con las

manos sujetaba los bordes de una bata de satén rosa; el hombre, joven, delgado, en pijama y descalzo, sostenía en las manos una toalla, un vaso, un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica.

—No sé lo que va a ser de nosotros cuando apriete el verano.

—Al hablar, a la mujer se le agudizaba la expresión de sufrimiento—. Dichoso usted que puede dormir, hijo.

—¿Los dientes?

—Los dientes, don Miguel. A mí no hay quien me quite de la cabeza que ese dentista me ha hecho una chapuza. Mire las encías, en carne viva. La mujer alargaba el cuello, cerrados los ojos y abierta la boca para estirarse la mejilla con sus dedos huesudos y aporcados. Con una mueca de repugnancia Miguel desvió la mirada para no ver la fría e inmaculada regularidad de la dentadura postiza:

—Ya, ya.

—Una carnicería, don Miguel.

Miguel ya había entrado en su habitación.

—Cuestión de paciencia, Luisita. A ver si descansa usted, el sueño quita todos los males.

Liberada su mejilla, Luisita sujetó la puerta:

—No voy a pegar el ojo. Y todo porque esta mañana he tenido el antojo de comerme una porra. Ya ve, hijo, una cosa tan blandita.

A pesar de la disimulada resistencia de la mujer, él continuó cerrando la puerta:

—Nada, eso es hasta que se acostumbre.

—¡Acostumbrarme! ¡Que son ya dos semanas, don Miguel! Una gangrena, eso es lo que me va a venir. En fin, que el Señor me lo tenga en cuenta. Le he metido la muda en el armario. No tenga la luz encendida mucho rato, hijo, que luego los meses caen sin que una se dé cuenta. Además, que la luz artificial es muy mala para la vista.

Ya solo quedaba una rendija entre la hoja y el marco.

—Le echo una ojeada a *Pueblo* y dentro de diez minutos estoy como un tronco. Hasta mañana, Luisita.

—Si Dios quiere, don Miguel. ¡Ay, Jesús, María y José, qué cruz me ha caído encima!... —su voz se alejaba dejando en las tinieblas del pasillo una estela de lamentaciones—: No, si desde que me quedé sola no he tenido cosa buena...

Miguel corrió el pasador con un suspiro de alivio y puso sobre la mesilla el vaso, el cepillo y la pasta dentífrica; luego, abriendo la ventana, colgó de una cuerda la toalla, extendiéndola con mucho cuidado, y sobre ella colocó un par de calcetines húmedos que sacó de un bolsillo del pijama.

Por el estrecho cañón del patio ascendía el jadeo de la casa, sofocante y ruidoso, una mezcla de olor a repollo y pescado podrido, gritos de mujer y música radiofónica; mientras sujetaba los calcetines con dos pinzas de plástico miró hacia arriba, hacia la media docena de estrellas que enmarcaban los aleros del tejado, y aspiró una bocanada de aire justo en el momento en que abajo alguien recorrió una falleba e hizo tronar la bronca descarga de una cisterna. Miguel entornó las contraventanas precipitadamente, dejó en un cajón del armario el paquete de Omo que le abultaba un bolsillo del pijama, y se humedeció las palmas de las manos con agua de colonia.

Se acostó. Acababa de abrir el periódico cuando en el pasillo se oyó el girar de una llave en la cerradura de la puerta del piso; en una fracción de segundo Miguel dejó caer el diario al suelo y apagó el flexo. En las baldosas del pasillo resonaron unos tacones de mujer y se oyó su voz, cantarina:

—Tú díselo, que pareces tonto. Los otros están malmetiendo, y tú como si nada.

Se cerró la puerta con estruendo y un hombre dijo, tranquilo:

—Que no, Carmen, que yo no se lo debo decir.

Desde las profundidades de la casa gritó Luisita:

—¿Son ustedes, Carmen?

—Sí, Luisita. ¿Qué tal va eso?

—Mal, hija, mal.

EL PORTERO, EN MANGAS de camisa y sentado en una silla de paja, charlaba de ciclismo con el sereno. En la acera tenían una botella de vino con el corcho atravesado por una caña, y al salir Miguel de la casa le ofrecieron, cordiales:

—¿Un traguito, don Miguel?

—No, gracias.

—Endíñele, que está fresco y tiene gaseosa...

—No, muchas gracias. Vaya noche, ¿eh?

—Ni un soplo de aire corre. Este verano palmamos, don Miguel.

—Bueno, hasta mañana.

—A divertirse, hombre, que para ustedes los jóvenes es la vida.

La calle, corta y mal iluminada, desembocada en la de Luchana. En algunos balcones y en muchas puertas había gentes haciéndose la ilusión de tomar la fresca. Miguel siguió hacia la glorieta de Bilbao, caldeada por el aliento de sus bocas de metro y por la multitud que la atestaba; en las terrazas de los cafés parecía haber caído todo el vecindario de Chamberí, y los camareros, sorteando a los niños que jugaban entre las mesas, iban de un lado para otro cargados de cervezas, horchatas, cocacolas y jarras de agua.

En su camino hacia la calle Fuencarral, Miguel cruzó entre las mesas del Comercial. Colgado de sus muletas, el mendigo de todas las noches soltaba sus alaridos confundiendo y revolviendo las letras del repertorio folklórico del momento:

—¡España, mía,  
cuánto te quiero,

junto a mi Cristo del Gran Poder,  
España mía,  
Yo te venero,  
Por el camino verde  
Y sin tus besos, morena,  
Me moriré...!

Cuando Miguel pasaba junto al desagraciado, alguien llamó desde una mesa:

—¡Miguel!

—Hola, Velasco.

Era un tipo con el pelo aplastado bajo una capa de fijador, unas gafas como lupas, las mejillas rojizas y surcadas por una red de venitas azules.

—¿No se sienta?

—No, me están esperando.

—¿Vendrá luego?

—No creo.

—Vaya por Dios... —Velasco, que tan contento se había puesto al verlo, torció la boca. Y justificó su contrariedad—: Es que me siento incómodo aquí, ocupando yo solo una mesa, ya sabe cómo son los camareros. De todas las maneras, me quedaré hasta las tres o las cuatro, así que...

Se interrumpió, volviéndose hacia la mesa de al lado: una señora con muchas pulseras en los brazos discutía con el mendigo:

—Yo lo que le digo es que si usted no viniera en taxi no tendría que pedir limosna.

—Es que en taxi me da tiempo de cantar en diez o doce terrazas —farfulló el lisiado—. Pero si voy a golpe de muletas, échele hilo a la cometa.

—Mejor estaría usted en su casa.

—Ya. Pero tengo tres hijos y hay que darles de comer.

Velasco bajó la voz:

—Qué país.

Miguel se encogió de hombros en un gesto que valía por «¡Qué le vamos a hacer!» y echó a andar despidiéndose:

—Si puedo, vengo. Hasta luego.

Había menos bullicio en las aceras de Fuencarral que en las de la glorieta; grupos de mozalbetes obstinados en sacarle partido a la noche del sábado bajaban hacia la Gran Vía, y desde ella subían las familias cargadas de niños: las mujeres haciendo alto en los escaparates para discutir deportivamente precios y calidades, mientras los hombres, algunos de ellos con un niño adormilado a cuestas, se daban tabaco y aburridas razones.

Entre el metro de Tribunal y las sombras de las calles de Santa Brígida y de Santa Bárbara, media docena de busconas sonreían o pestañeaban al paso de los hombres, sin atreverse a provocarlos con la voz. Miguel se detuvo a comprar un paquete de pitillos, y mientras la vieja dejaba su cajita en el suelo para buscar cambio entre el lío oscuro de sus faldas, una de las mujeres se acercó contoneándose, echados los hombros hacia atrás para tensar el sostén y poner de manifiesto su busto; la confianza en sus encantos se desvaneció cuando el posible cliente rehuyó su mirada, y la desgraciada se retiró volcada sobre su vientre, arrastrando el bolso que hasta entonces había movido con gachonería.

—Yo no sé a qué salen —gruñó la vieja—. A cada dos por tres les echa mano la policía; pero ellas, ¡duro, que es tarde! Además, si hicieran algo... Pero ¡si pescan un cabrito de Pascuas a Ramos! Más les valdría agarrarse a otra cosa, ¿no le parece?

Miguel recurrió de nuevo al encogimiento de hombros, encendió un pitillo y por la calle de Colón salió a la Corredera. Por los cierres mal encajados de los puestos del mercado escapaba un espeso olor a descomposición, y envuelto en el humo de una fritanga de calamares salía del bar en la esquina de Barco el griterío de unos borrachos. Siguió a buen paso hasta Ballesta, que se precipitaba desierta y tranquila en busca de las espaldas de la Gran Vía; solo

LA FABADA MARCA LITORAL tuvo tanto éxito como las botellas de Viña Tondonia que Antonio sacó de lo que él llamaba «la bodega», un desvencijado archivador de oficina. Pero el único que parecía sacarle partido a la invitación era Miguel, que desde hacía un rato sobaba a Carmela sobre unos almohadones a los que Antonio llamaba, pomposamente, «el diván japonés»:

—Siempre igual —se lamentaba Antonio ante Pompeyo, los dos acabando con el Tondonia en la terracita ennegrecida por el hollín de las chimeneas de los alrededores—. Que no quiere, que se va a casa, que si tal, que si cual, pero ahí lo tienes, retozando en el diván japonés, y nosotros aquí, hablando de cocina con la petardo esa. Oye, inexpugnable, la tía.

Se refería a Neus, que después de tenerlos a raya cantándoles las excelencias de la escudella, en su opinión superior a la fabada desde todos los puntos de vista, incluido el de la aerofagia, se había encerrado en el aseo. Y allí seguía desde hacía una eternidad.

—¿Tú no tienes agujeros? —se interesó el panameño.

—¿En dónde?

—En el aseo. Para mirar, digo.

—Jodido Pompeyo... Pues no. Pero es una idea.

Neus, finalmente, salió del aseo nivelándose la faja a fuerza de tirones.

—¿Un culito?

—Deja, que ya he bebido bastante.

—Entonces, un coñac con hielo para la sed. Porque la escudella no lo sé, pero la fabada da una sed de camello.

Refrescó el Fundador con un par de cubitos de hielo y se lo ofreció recreándose en la contemplación del arranque de sus pechos.

—Estoy seguro de que tienes unos senos magníficos. Y conste que lo digo como pintor, o sea, desde el punto de vista artístico.

—Pues mira, de eso no me puedo quejar —admitió Neus llevándose las manos a los pechos para acomodarlos en el sostén.

—Me encantaría pintarlos. O sea, hacerte un desnudo. En plan académico, me refiero.

—No me digas.

—Aquí, a la luz de la luna, tendida sobre la colchoneta y con la silueta de la Telefónica detrás, simbolismo puro: «Pedazo de Cataluña con Madrid al fondo» o algo así. —Y ordenó—: Pompeyo, tráete el caballete y los carboncillos.

El panameño, diligente, entró en la buhardilla.

—Oye, yo he venido aquí a comer fabada, no a hacer un *estritis*. —Neus encendió un Chesterfield del paquete propiedad del panameño. Y agregó—: Y menos delante del Pompeyo ese, que tiene cara de maniaco sexual de los que te clavan estiletes en las aglomeraciones.

—A Pompeyo lo mandamos a por tabaco. Déjame ver.

Con una habilidad, una limpieza y una rapidez que sorprendieron indefensa a su propietaria, pues en una mano tenía el coñac y en la otra el pitillo, Antonio le sacó un pecho del sostén y con él en la mano lo ponderó:

—Ubérrimo. Mira qué areola. Y este botón de rosa bárbaro.

—Pero ¿qué haces?

Antonio hociaba dándole lengüetadas al pezón.

—Serás cerdo.... ¡Que me dejes!

Y visto que Antonio no la soltaba, Neus sí le aplastó el Chesterfield en la mejilla.

MIGUEL ABANDONÓ SU TABLERO de dibujo y se plantó frente al ventilador. Por la ventana abierta se veía a lo lejos el caserío de Carabanchel dorado por el sol, y a la derecha, oscureciendo la tierra pelada, los verdes polvorientos de la Casa de Campo. Abajo, casi al alcance de la mano, flotaba inmóvil el humo de una locomotora que esperaba entrar en la estación del Norte; más cerca todavía ondulaban las suaves, frescas y cuidadas colinas del parque del Oeste.

—Pepe, ¿no te gustaría tumbarte en la hierba?

El botones, un chico desmedrado y granujiento, apartó la mirada de la novela que leía.

—¿Qué hierba?

Sin contestarle, moviendo los faldones de su camisa ante el ventilador, Miguel siguió pensando en voz alta:

—En Zaragoza, en la hierba, hay unos letreros con la silueta de un hombre tumbado. En cambio aquí los carteles dicen que si la pisas te ponen una multa.

—Eso es cosa de los ayuntamientos.

El chico debió de pensar que con su juiciosa frase agotaba la conversación y volvió a la lectura. Pero Miguel continuaba:

—Y luego, los ríos. En Zaragoza te puedes bañar en el Ebro y en el Huerva. Cuando yo tenía tus años me bañaba en pelotas. Claro que el Ebro es peligroso; pero eso es un río y no el Manzanares. No te metas los dedos en la nariz, Pepe.

—No, señor.

El botones hurgó con la mano bajo el taburete. La locomotora lanzó un largo pitido y se dirigió a la estación escupiendo bocanadas de humo.